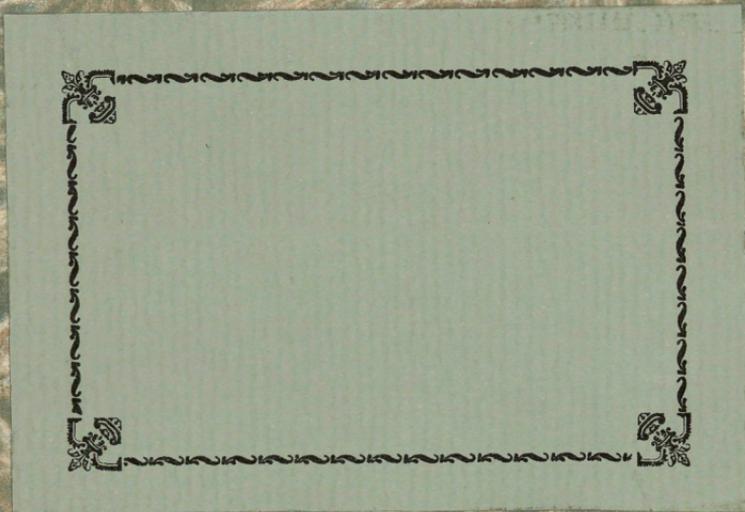


A-C.158/5







BERROCAL
LIBROS ANTIGUOS



Cervantes, 22 - Bajo Interior Izda.

28014 - MADRID

Tel.: (91) 429 84 23 Fax: (91) 420 18 16

(visitas previa cita)

A-Caj 158/5

PARA DOS PERDICES, DOS.

R
118098

PARA DOS PERDICES DOS

O REARTE GARCIA Y SASTRIBAL

PARA DOS PERDICES DOS



REARTE

REARTE DE BOLSAS Y PERDICES

R

PARA DOS PERDICES, DOS.

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenado con gran aplauso en el teatro de Variedades la noche del 1.º de Mayo de 1862, á beneficio de la primera actriz Doña Francisca Muñoz.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

PERSONAJES. ACTORES.

ELVIRA..... DOÑA FRANCISCA MUÑOZ.
JUANA..... DOÑA MATILDE SERRANO.
MANUEL..... D. FLORENCIO ROMEA.
EDUARDO..... D. EMILIO MARIO.

La accion en Madrid, en casa de Elvira.



Las indicaciones estan tomadas del lado del actor.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lirica titulada *EL TEATRO*, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ESCULTOR

DON JOSÉ PIQUER,

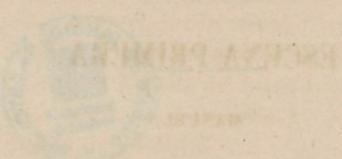
EN MUESTRA DE ACENDRADA AMISTAD,

El Autor.

Enero, 1861.

PERSONAS
AL DISTINGUIDO ESCULTOR
ACTO UNICO
DON JOSE PIGNIER

EN NUESTRA DE ACERDADA AMISTAD
EN MADRID



81 Calle

ENCUERO 1864

Al fin nos conoceremos;
ella es linda si las hay;
al menos fotografiada,
no hablo del original.
Como yo no tengo prisa
por entrar en la hermandad,
si al fin me dá calabazas,
tendré paciencia y en paz.

ESCENA II.

MANUEL y JUANA.

- JUANA. (Por la puerta colateral derecha.)
Caballero, la señora
doña Elvira Montalban
no está visible, y espera
que tenga usted la bondad
de aguardarla dos minutos.
- MAN. (¿Solo dos? ya serán mas.)
¡Tendré la bondad que espera!
(Ya empiezo á ser un buen Juan.)
(Suena dentro una campanilla.)
- JUANA. ¿Manda usted algo?
- MAN. ¿Yo? nada.
- JUANA. Caballero, bien está.
(Váse por la misma colateral.)

ESCENA III.

MANUEL, y á pocos minutos despues EDUARDO.

- MAN. Pues señor, ¿qué hará á estas horas
mi buen amigo el sultan?
- EDUAR. Hoy se decide mi suerte,
basta de tanto luchar.
- MAN. (Levantándose para saludar.)
Caballero.
- EDUAR. Caba... (Reconociéndote.) ¡Chico!
- MAN. Eduardo. (Se abrazan.)
- EDUAR. ¿Tú por acá?
¿Pero no estás en Turquía?

MAN. Creo que no; tú dirás,
si Madrid es tierra turca...
y ahora me haces sospechar
si aun estaré en los dominios
de Abdul Azzis.

EDUAR. ¿Y qué tal
te prueba Constantinopla?

MAN. Anoche fué Navidad,
y ví en dos horas mas turcas
que en dos años por allá.
Nada, me encuentro en Turquía,
dispensa mi ceguedad.

EDUAR. ¡Qué gracioso! Siempre el mismo.
Con ese humor tan jovial
vas á ser un diplomático
temible por lo mordaz.

MAN. Cuestion de temperamento,
ó como diria Gall,
algun chichon, que es el signo
de mi alegrabilidad.

EDUAR. Allí estás de secretario.
¿Te trasladan? ¿dónde vas?
¿Á qué legacion?

MAN. Si vengo
con licencia temporal.
En cuanto pasen tres meses,
que pronto se pasarán,
ya estoy junto á aquella Puerta
que no nos abren jamás.

EDUAR. ¿Vienes á casarte? ¿Es guapa
tu pretendida mitad?
¿no serás tan desgraciado
como yo?

MAN. (Remedándole.) ¡Pobre mortal!
tendrás de dolor el alma
mas blanda que un mazapan.

EDUAR. Búrlate.

MAN. Pues de eso trato.

EDUAR. Tú no sientes.

MAN. Oye acá.

Yo no sentimentalizo,
venga bien ó venga mal.

Siento y padezco á su tiempo
como cada hijo de Adan.
Pero no soy pesimista,
ni con humos de Bajá
digo tres mil desvergüenzas
á la pobre humanidad.
Tú, que tienes buen talento,
no has de gemir á compás
de esos llorones de oficio,
Jeremias con gaban,
que sufren y se lamentan
no sé por qué; cuando mas
si les aprieta una bota
ó es estrecho el levisac.
¿Á qué persona de juicio,
qué esté en su razon cabal,
no le hace llorar... de risa
ese gruñir pertinaz?
»La sociedad es un caos,
»la mujer es un caiman,
»los amigos son amigos
»de la raza de Caifás.
»El dinero es el tu autem,
»la piedra filosofal.
»La virtud es la señora
»mas difícil de encontrar.
»¡Maldicion! ¡furor!» y luego
sale entre aquel guirigay,
la copa de la amargura,
que no hacen mas que apurar;
ya se vé, con tanta copa
la cabeza se les vá,
y ven el mundo tan negro,
dando unas vueltas de wals.
Quien dió al firmamento estrellas
y al suelo fertilidad,
y en el sol para alumbrarnos
quiso encender un volcan;
el que en su inmenso cariño
para regalo nos dá
flores de suave perfume
y aves de tierno cantar,

- no querrá que convirtamos
la vida en un funeral,
llorando cuando sonrien
aves, flores, tierra y mar.
Ya ves que tambien me elevo,
pero hago punto final;
llora cuando venga el caso,
que harto llanto verterás.
- EDUAR. Eso, Manuel, es el genio;
como nace cada cual;
y no me faltan motivos.
- MAN. Sepamos; escucho ya.
- EDUAR. Amo á una mujer preciosa.
- MAN. ¿De veras? ¿y cuántas van
en este mes?
- EDUAR. No te entiendo.
- MAN. Ya subirán á un millar.
Tú siempre has tenido fama
del amante universal.
Yo no he visto una inconstancia
mas constante y mas tenaz.
- EDUAR. Esta pasion es sincera.
- MAN. Pues sin cera no arderá.
- EDUAR. Siempre bromas.
- MAN. Es justicia.
Si recuerdo el Carnaval
en que diste rienda suelta
á tu volubilidad.
Una el domingo, otra el lunes,
de un baile particular
el martes otra en el Prado
y dos en el Teatro Real,
y el miércoles de Ceniza
te atreviste á promiscuar,
yendo tras de una jamona
y un pez-espada... la Paz.
- EDUAR. Ya me he fijado.
- MAN. Me alegro.
¿Y ese amor tiene de edad?
- EDUAR. Un mes y dias.
- MAN. ¿Qué dices?
Eso vá siendo formal.

- EDUAR. Pero no es mujer, es ángel.
MAN. Por supuesto, no hay que hablar.
EDUAR. Unos ojos...
MAN. De angelito.
EDUAR. Unos labios...
MAN. De coral.
Suprime esa filiacion
que ya sé de pé á pá.
Yo no he venido á escribirla
en el padron vecinal.
¿Te corresponde?
- EDUAR. Ahora empieza.
MAN. Pues ánimo y *en avant*.
EDUAR. Pero hay otra de mi padre,
hermosa y rica ademas,
que dentro de pocos dias
á Madrid debe llegar.
MAN. ¡Aprieta! á pares, y aun llora.
EDUAR. Mi madre tiene un afan...
Pero yo no la conozco.
MAN. Me encuentro en un caso igual.
Mi tio, á quien ví de niño
y hoy en la gloria estará,
se casó con su pupila
por darle un rango social.
Pero á los pocos minutos
de apartarse del altar,
le dió un ataque de gota
y duró tres dias mas.
¿Y sabes lo que dispuso
en su última voluntad?
Que al año, que cumple hoy mismo,
si le queria heredar,
diese mi mano á su viuda,
que estaba en Guadalcanal,
y actualmente es la inquilina
de este cuarto.
- EDUAR. ¿Eh?
MAN. ¿Qué te dá?
EDUAR. ¿Es Elvira?
MAN. Justamente,
Elvira de Montalban.

- EDUAR. ¡La mujer que yo idolatro!
MAN. ¿Cómo?
EDUAR. Tú eres mi rival.
MAN. Hombre, ¿por qué no te has ido á otra parte á enamorar?
EDUAR. Vivo en el cuarto del lado; ya ves, la proximidad... y yo ignoraba ¡oh desdicha!
MAN. Ha sido un choque casual.
EDUAR. En fin, chico, buena suerte. ¡Aciaga fatalidad!
MAN. ¿Te marchas? (Es un apuro.)
EDUAR. Aquí me encuentro de mas.
MAN. Pero pensemos un medio. (Este muchacho es capaz de dar una campanada.)
EDUAR. Ya no hay recurso.
MAN. Quizás.
EDUAR. Somos dos, y es imposible partirla por la mitad como á una perdiz.
MAN. Ni aun eso. Rojas dijo años atrás «para dos perdices, dos:» á cada dama un galan.
EDUAR. (Queriendo irse.) Deja.
MAN. Escucha, estoy resuelto, tu amor es grande y voraz. Á tí te ha entrado mas fuerte, yo me abstengo de votar.
EDUAR. (Deteniéndole.) No admito.
MAN. Si no vá á darte un ataque cerebral.
EDUAR. La voluntad del difunto...
MAN. No fuerza su voluntad.
EDUAR. Yo debo...
MAN. No, á mi me toca. Me voy sin ningun pesar.
EDUAR. Y yo.
MAN. ¿Si? Pues dos en fondo,

paso redoblado, arrs.

(Se dirigen hácia la puerta del fondo.)

EDUAR. (Deteniéndose en el umbral de la puerta.)
Pero así no tiene gracia.

MAN. (El mismo juego.)
Otro se aprovechará.

ED. y MAN. ¡Qué idea! (Bajan al proscenio.)

EDUAR. Escucha la mía.

MAN. La mía es original.

EDUAR. Reclamo la preferencia.

MAN. Los efectos lo dirán.

EDUAR. Finges que amas á la otra,
y ella celosa...

MAN. ¡Ay, ay, ay!
No sigas; eso es muy viejo,
chico, desechado el plan.
El mio es mejor.

EDUAR. Sepamos.

MAN. Escúchame y juzgarás.
Tú sigues fino y rendido,
pero apremiante y audaz,
sazonando tus ternezas
con su pimienta y su sal,
y yo formando contraste,
sin echarla de patan,
me presento repulsivo
por loroso y montaraz.
Añade que eres mas guapo,
mas insinuante, y verás
qué bonitas calabazas
me regala tu mitad.

EDUAR. De ningun modo.

MAN. No cejo.

EDUAR. Si no lo consigues.

MAN. ¡Bah!
Tal vez hoy mismo me ponga
una carita de agraz.
Ea, prepara el terreno,
yo estoy en la vecindad,
saludaré á tu familia,
si está la otra...

EDUAR. Ah truhan,

- te la cedo; es andaluza
de Granada ó por allá.
- MAN. Adios, Eduardo, echa el resto,
valor y sagacidad,
mucho bombo al matrimonio,
sobre todo la moral;
por supuesto, no me has visto.
- EDUAR. Nunca he sido charlatan.
Pero no puedo avenirme.
¿Y tú?
- MAN. Seguiré detrás:
hasta luego. (Voy á hacer
una obra de caridad.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

EDUARDO.

Pues ya ha armado una tramoya:
¡qué imaginacion tan viva!
su jovialidad cautiva.
Es sin disputa una joya.
Su amistad no tiene precio,
le quiero como á un hermano;
y hoy, cuando dá uno la mano
en Madrid á tanto necio.
Ya que al saber mi pasion
noble en sus intentos cesa,
debo insistir en la empresa,
no triunfar fuera baldon;
penando estoy hace un año,
y ella, para amar nacida,
no querrá amargar mi vida
con la hiel del desengaño.
¿Alguien viene? ¿Es ilusion?
Temo empeñar el combate.
¡Elvira! cómo me late,
ten mas calma, corazon.



ESCENA V.

ELVIRA y EDUARDO.

- ELV. (Por la puerta colateral izquierda.)
Dispense usted mi tardanza.
- EDUAR. Jamás el sol sale tarde.
- ELV. ¡Ah! Eduardo.
- EDUAR. (Sigue, cobarde.)
Usted es sol de mi esperanza.
- ELV. Gracias.
- EDUAR. Sol de ardiente brillo
que con su puro arrebol...
- ELV. Basta; que con tanto sol
me vá á dar un tabardillo.
- EDUAR. (Me dejó frio.) Señora,
era mi amante deseo.
- ELV. ¿Está usted solo?
- EDUAR. Tal creo.
(Aqui entra lo bueno ahora.)
- ELV. Me han anunciado visita
de un caballero sin nombre;
se habrá cansado.
- EDUAR. ¿Era un hombre?
No le he visto. (¡Qué bonita!)
- ELV. Se fué.
- EDUAR. Peor para él.
- ELV. No dió tarjeta siquiera.
- EDUAR. Es que hay gente muy grosera.
(Perdona esta flor, Manuel.)
(Elvira indica á Eduardo que tome asiento, lo que
ambos verifican.)
- ELV. ¿En casa no hay novedad?
- EDUAR. En general, no señora,
hay uno (Es encantadora...) que
sufre...
- ELV. ¿Qué enfermedad?
- EDUAR. Es mal moral.
- ELV. (Comprendido.)
Será usted; es cosa clara.
- EDUAR. ¿Yo?

- ELV. Se conoce en la cara,
está usted descolorido.
- EDUAR. Me encuentro bien.
- ELV. ¡Y qué ojeras!
- EDUAR. Es mi color natural.
- ELV. Ó efecto del mal moral...
- EDUAR. (Si estaré malo de veras.)
Mi enfermedad es amor
que me inspiró esa hermosura:
si usted lo acepta, me cura;
si no... la muerte es mejor.
- ELV. ¿Y por qué vá usted tan lejos?
Basta de flores y tropos,
francamente, estos piropos,
aunque buenos, son tan viejos...
- EDUAR. Haré un especial estudio.
- ELV. Ese es achaque de amantes.
- EDUAR. Pues bien.
- ELV. Dos palabras antes
á manera de preludio.
Si no es mi memoria infiel,
delante de usted he hablado
de un compromiso sagrado.
- EDUAR. Si. (El compromiso es Manuel.)
- ELV. Nunca le expliqué cuál era,
y usted no ha sido curioso.
- EDUAR. Pues, que su difunto esposo
en su voluntad postrera,
dispuso no sé por qué,
como un deber de conciencia,
que, ó Manuel pierde la herencia,
ó se case con usted.
Bien la fortuna le sopla,
y si el sobrino no es tonto,
como el plazo cumple pronto,
vendrá de Constantinopla.
- ELV. ¿Pero á usted, quién le enteró?
(Es extraño.)
- EDUAR. (¡Qué imprudente!)
Los periódicos, la gente.
- ELV. ¿Le conoce usted?
- EDUAR. Yo no.

- ELV. Eduardo, me maravilla,
pues gozo de fama inmensa,
se ocupa de mí la prensa,
ya me traen en gacetilla.
Ando por calles y plazas.
- EDUAR. No, señora. (¿Quién contesta?
Con otra pifia como esta
ciertas son mis calabazas.)
- ELV. (Se ha turbado; aqui hay misterio.)
- EDUAR. (Esto se complica mucho.)
- ELV. ¿No sigue usted?
- EDUAR. Sigo.
- ELV. Escucho.
- EDUAR. Señora, el asunto es serio;
tambien yo, negra fortuna,
para otra estoy destinado,
pero que no es de mi agrado,
sere de usted ó de ninguna.
Que de mi fé en testimonio
solo anhelo con vehemencia
unir á usted mi existencia
bajo el santo matrimonio.
El lazo de bendicion,
que en su sello de nobleza
dá al cariño mas pureza
y mas fuego al corazon;
que hace en misteriosa calma
de dos seres, al momento,
dos vidas de un solo aliento,
dos cuerpos con sola un alma.
Que en su vínculo de amor,
son el hombre y la mujer
hermanos para el placer
y hermanos para el dolor.
Usted, belleza sin par,
tan linda como virtuosa,
será un encanto de esposa,
será el ángel del hogar.
Ya he dicho á usted en conciencia
todo el amor que me inspira,
he concluido. Ahora, Elvira,
pronuncie usted misentencia. (Arrodillándose.)

- ELV. (Levantándose.)
Alce usted, que no soy santa,
y eso hasta en el teatro es viejo.
- EDUAR. Nada, señora, no cejo,
nadie de aquí me levanta.
- ELV. Nos compromete á los dos...
- EDUAR. El que ruega no se humilla.
- ELV. Pero, Eduardo, la rodilla
solo se dobla ante Dios.
- EDUAR. ¿Y usted no es diosa... en belleza?
- ELV. Son calumnias, no señor.
- EDUAR. Pues diré el yo pecador.
- ELV. No soy cura. (Y ahora empieza,
su tenacidad me asombra.)
- EDUAR. Adorarla á usted es un goce...
- ELV. Amigo, bien se conoce
que está usted sobre la alfombra.
Si fuera sobre adoquines...
- EDUAR. (Levantándose apresuradamente.)
Señora, lo mismo haría.
- ELV. (Con intencion.)
Como la piedra es mas fria...
- EDUAR. (Eduardo, no desafines.)
- ELV. Acabemos.
- EDUAR. Ya adivino...
- ELV. Yo no acepto ni rechazo
tanto amor.
- EDUAR. ¿Cómo?
- ELV. Lo aplazo.
Si falla lo del sobrino...
tardará pocas semanas.
- EDUAR. ¿Y si otras le gustan más?
Lo digo por las... por las
constantinopolitanas.
- ELV. Sin embargo, es necesario
cumplir la que está dispuesto.
- EDUAR. Y yo quedo de repuesto,
pues, de supernumerario;
pero acato esas razones.
Será vivir en un potro.
(Saludando.)
Elvira.—(Que venga el otro.)

ELV. Eduardo, dé usted expresiones.

EDUAR. No me olvide usted.

ELV. Mas calma.

Ya le tendré á usted presente.

EDUAR. Como un ministro, corriente;
yo la llevo á usted en el alma.

(Sale por el fondo.)

ESCENA VI.

ELVIRA.

¡Qué afán! creará que me halaga
con tanta galantería,
pero uno y otro día
ya tanta flor me empalaga.
Siempre lo mismo: «es usted
linda, un sol, una delicia.»
Mil gracias por la noticia,
parece que no lo sé.
Digo, pues será mal dengue
mi sobrino el diplomático;
vendrá tan tieso y enfático
con una voz de merengue...
¡qué guapa! «Gracias.» «Qué pura.»
«Qué amable.» «¿Y usted?» «Por Dios.»
Nada, abriremos los dos
curso de floricultura.
Pronto entre los dos decido,
el incienso me hace mal;
al menos ministerial
le voto para marido.

ESCENA VII.

ELVIRA y JUANA.

JUANA. (Por el fondo.)
Señora, ahí espera un mozo
con un mundo.

- ELV. ¿Para mí?
JUANA. Es un baul. Por las trazas,
viene del ferro-carril.
ELV. Será al lado.
JUANA. Llamaré.
(Se dirige al balcón, al que se asoma y llama.)
Paca?
ELV. No es de presumir
que Manuel sin avisarme,
pero pudiera...
JUANA. ¿Que sí?
Voy corriendo, hay forasteros...
calle, se vé de perfil
una jóven, y no es fea,
y un hombre... qué chiquitin,
y aquel caballero anciano.
ELV. Vamos, quitate de ahí,
no seas curiosa, Juana,
no ves que pueden decir...
(Juana se retira y Elvira se asoma.)
JUANA. (Y dejó la puerta abierta
y el mozo... bestia de mí.)
(Al salir por la puerta del fondo, aparece Manuel.)
MAN. (Á Juana.) Calla, y largo.

ESCENA VIII.

ELVIRA y MANUEL.

- MAN. Entro despacio.
(Al ver á Elvira.)
Hola; ya hallé la perdiz;
el dorso no me digusta,
hay cierto aire, cierto chic,
pero se la cedo á Eduardo,
si no le dá un berrechín.
Nada, empecemos la broma
y veámosla venir.
(Se sienta en la butaca de la izquierda.)
ELV. (Como ahora es tiempo de Pascuas
habrán venido á Madrid.)
MAN. (Levantándose para saludar y volviéndose á sentar.)

Señora...

ELV. ¡Ay, qué susto! un jóven ..

MAN. Cumpló treinta por Abril,
¿usted buena? muchas gracias,
pues yo estoy así, así,
tengo la muela del juicio,
¿le ha salido á usted? es sufrir
las penas del purgatorio
cuando apunta la raíz.

ELV. Caballero, usted dispense.
(¿Quién es este zascandil?)

MAN. (Ay, sobrino de tu tío,
¿esto es hembra, ó serafín?)

ELV. (Se ha sentado, con franqueza...)
¿usted me querrá decir...

MAN. ¿Cuál es mi gracia? ninguna;
para eso usted tiene mil.

ELV. (Con intencion.)
¿Por qué no toma usted asiento?

MAN. Por que estoy muy bien así.

ELV. Y yo... (Se sienta.)

MAN. (¡Qué tía, señores!
si la viera Abdul Azzis!)
si la viera Abdul Azzis!)

ELV. Usted equivoca la casa.

MAN. Usted me equivoca á mí.
Voy visitando á mis tías,
y tías tengo un sin fin;
dos de padre, tres de madre,
otra vive en Chamberí,
una es tuerta y otra viuda
de un gobernador civil.

ELV. Pero yo... (calle, si fuera...)

MAN. Usted es mi tía, es decir,
fué la mujer de mi tío,
que en gloria esté, don Joaquin.

ELV. Luego mi sobrino...

MAN. Justo,
servidor, Manuel Onis,

ELV. Caballero, usted dispense;
francamente, no creí
que se presentara...

MAN. Entiendo,

- de un modo tan incivil,
mi buen humor. (¡Ay qué guapa!
Eduardo es un galopin.)
- ELV. (Al menos este no empieza
como Eduardo; tan servil.)
- MAN. Perdónome usted, tiita.
- ELV. Sobrino, ha estado en un tris ..
- MAN. ¿Quién al mirar ese rostro,
que envidiaría una hurí,
y ese encanto indefinible,
y ese artístico barniz...
- ELV. (¡Ay Jesus, sigue el perfume
de violeta y de jazmin!)
- MAN. (¿Qué estoy diciendo? Buen modo
de que se me vuelva hostil.)
- ELV. ¿Qué tal, señor diplomático,
la Turquía es buen país?
- MAN. Delicioso; sobre todo
para el Sultan y el Visir;
tienen un surtido inmenso
del género femenino;
y son mujeres sin suegra...
¿Cuántos se irían allí!
- ELV. ¿Cómo es usted partidario?...
Pues es un grano de anís.
- MAN. Señora, soy casi un turco.
Debe haber donde elegir.
- ELV. Y usted vendrá en cumplimiento
de lo que mi esposo...
- MAN. Si,
hoy hace el año...
- ELV. Y dispuso
que los dos...
- MAN. No habló en latín;
quiso que yo ante la Iglesia
fuera el olmo de esa vid.
- ELV. Si yo aceptaba... el mandato
es difícil de evadir.
- MAN. ¿Cómo, usted está dispuesta
á que entremos en carril?
- ELV. (Ahora se arroja á mis pies
y yo me ausento de aquí.)

